



VNIVERSIDAD  
D SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL



RECTOR

DANIEL HERNÁNDEZ RUIPÉREZ

Se unen hoy a nuestro claustro de doctores dos personas que han contribuido y siguen contribuyendo en una extraordinaria medida a la construcción europea. Con ello, nuestra universidad rinde un sincero homenaje a Europa, a la idea misma del europeísmo, y lo hace desde las más sólidas convicciones de que solo profundizando en esa construcción de Europa, podremos responder de manera eficaz a muchos de los problemas que afectan a nuestra sociedad. Soy de los que creen que necesitamos más Europa, una mayor unidad política dentro de nuestra importante diversidad cultural, diversidad, por otra parte, que nos enriquece y nos hace comprender las muchas maneras en las que los europeos de los diferentes países, pareciendo diferentes, somos sin embargo tan semejantes. Porque, a pesar de esa diversidad, todos los europeos nos reconocemos en las manifestaciones culturales de cualquiera de los países que formamos Europa, porque los cimientos de la unión de Europa radican, sobre todo, en la cultura, como ha dicho acertadamente el presidente francés Macron:

*Et le ciment le plus fort de l'Union sera toujours la culture et le savoir.*

Y porque las universidades, tal y como las entendemos, son una creación europea. No hay, pues, ningún lugar mejor para reivindicar Europa que una universidad, y, en especial, que una Universidad tan europeísta como la de Salamanca.

Y este es un momento especialmente oportuno porque la Unión Europea está siendo cuestionada en muchos frentes. Déjenme mencionar las pulsiones centrífugas, como el brexit, que no son sino la versión para los estados de las tensiones nacionalistas de las regiones, o la insatisfacción de sectores muy importantes de la sociedad, sobre todos en momentos de crisis, en los que se ha echado en falta una mayor efectividad y compromiso en la solución de problemas como la emigración masiva, o la influencia en la toma de decisiones cruciales de carácter geopolítico. Sobre esa insatisfacción se construyen los mensajes populistas, que también alientan, apoyan o justifican, la rotura de Europa y de su naciones.

Aparece así de nuevo el papel fundamental de la universidad en la construcción europea. La universidad es el lugar del saber, de la cultura y del conocimiento, de lo que hace a los pueblos libres y solidarios. La universidad arma a los ciudadanos para abordar, desde el conocimiento, los problemas de nuestra sociedad, las crisis sociales con los problemas migratorios, las económicas con la profundización del estado del bienestar y la distribución de la riqueza, las políticas y legales, como las derivadas de los siempre egoístas movimientos de separación y fractura. Esa es la contribución de la universidad a Europa, que se ha consolidado, además, a

partir del percepción cercana de los diferentes países europeos, por las generaciones de jóvenes que han participado del programa Erasmus en sus 30 años de vigencia.

Y eso es muy necesario, porque la idea de una Europa unida como grupo de naciones en paz es todavía bastante reciente: no prosperó hasta después de la Segunda Guerra Mundial. En ese momento se dieron dos circunstancias: la crisis de la identidad europea provocada por la guerra y el holocausto, y la presencia de un grupo de hombres como Schuman, Adenauer, de Gasperi, Spaak o Monnet. Eran, de alguna forma, lo que se ha venido a denominar "hombres de frontera"<sup>1</sup>, pues vivieron en torno a la que separa, desde el imperio romano, la latinidad y el mundo germano. Algunos de ellos cambiaron de nacionalidad por acontecimientos políticos, generalmente guerras, y dejaron de ser hombres de frontera para convertirse en hombres bisagra, convirtiendo una separación en una articulación. Jean-Claude Juncker también lo es: viene de un país en el que conviven el francés y un dialecto alemán, estudió en Estrasburgo, una ciudad bilingüe que cambió varias veces de país entre 1870 y 1945, y, si se me permite la broma, su nombre de pila y su apellido reflejan bastante bien esa condición fronteriza. Quizá por eso ha querido emular a los padres de Europa, en su deseo de superar la condición de hombre de frontera, para ser hombre bisagra, no ser hombre de la división si no de la articulación de la unión.

Podríamos decir que Manuel Marín es también un hombre de frontera aunque en un sentido muy diferente. Nació y creció en una dictadura cuya población miraba con irreprimible anhelo a las democracias europeas más allá de los Pirineos. Fue también un hombre que apostó por ser bisagra y, así, es el rostro de los negociadores de nuestra adhesión y el de nuestra presencia en Europa: uno de nuestros dos primeros comisarios europeos, presidente interino de la comisión, él fue Europa en España y España en Europa. Su tarea en la normalización de nuestras relaciones mutuas nos ha dejado una impagable deuda con él: ser parte de la Unión Europea significó para España dejar atrás un pasado de complejos, dejar atrás la idea de no ser una democracia plena. Para los españoles de entonces, entrar en la Unión fue la culminación de un sueño: después de largos años de dictadura y de aislamiento, eramos europeos más allá de lo que dice la geografía, iguales a los ciudadanos de los países de nuestro entorno cercano, a quienes nos sentíamos tan cercanos en cultura e ilusiones. Déjenme dedicar en este momento un recuerdo de emoción y gratitud al doctor Manuel Marín, que no ha podido acompañarnos hoy, pero que está muy presente en nuestros corazones.

---

<sup>1</sup> Ver, por ejemplo, URQUIJO, M. "La construcción europea y los "hombres de frontera", Grand Place, 4 (2015), 47-63.

Decía el doctor Juncker hace unas semanas que la palabra concordia refleja perfectamente el significado del proyecto europeo, por cuanto hace referencia a la conjunción de la mente y el corazón, podríamos decir que de la razón y los sentimientos. No quisiera extenderme sobre las tristes circunstancias que estamos viviendo en España, pero me temo que en la raíz de esta situación se sitúa un abandono absoluto de la razón. Por eso es especialmente necesario, presidente Juncker, agradecerle que, a la cabeza de todas las instituciones europeas, sus mensajes hayan sido una inequívoca llamada a la cordura, pues no otra cosa es la defensa de la ley en naciones democráticas.

Y del mismo modo que la concordia ha sido la clave del proyecto europeo, debe serlo del proyecto español. Una vez restaurada la ley, debemos encontrar todos los españoles y, especialmente, todos los catalanes, un proyecto de convivencia que permita canalizar las diferencias dentro de las leyes, modificándolas si fuera necesario, en la misma línea que permitió enunciar el lema “la concordia fue posible”, que reza en los muros de este edificio recordando a nuestro egresado, el presidente Adolfo Suárez.

Con todo, aunque hoy nos preocupen, lo que nos trae aquí no son los intentos de destrucción del proyecto europeo sino los logros de su construcción y, especialmente, el agradecimiento, el reconocimiento que esta Universidad, una de las más antiguas del continente, debe a Jean-Claude Juncker y a Manuel Marín, y que quiere hacer patente en los albores de su VIII Centenario. Hoy estamos en un día de celebrar éxitos. La política educativa de la Unión es la más aplaudida por la ciudadanía y, particularmente, el programa Erasmus. Precisamente, Manuel Marín fue el comisario de educación que puso en marcha ese programa. Nuestra universidad es una de las más demandadas de Europa por los estudiantes para disfrutar de su experiencia como Erasmus. Este programa ha logrado que los universitarios exploren las fronteras, no en sus espacios físicos sino en estos lugares de encuentro, estas fronteras virtuales en las que se han convertido las universidades. En las universidades los estudiantes viven sus diferencias y convierten también la separación en articulación, la frontera en bisagra, cumpliendo el sueño del propio Erasmo de Rotterdam, que decía que había que pedir a los jóvenes que *“recorran el continente para aprender otras lenguas”* y para *“deshacerse de su naturaleza salvaje”*.

Ser lugar de encuentro ha sido desde siempre la vocación de esta Universidad. Aquí se escribió la primera gramática de una lengua europea moderna y se hizo además con la vocación expresa de que sirviera para enseñarla a los extranjeros. Nuestra universidad es desde hace siglos puente y enlace privilegiado con Europa de las universidades de Iberoamérica. Por eso, incorporararnos al programa Erasmus significó ahondar en una vocación que ya nos venía de siglos

y puede ser que la presencia constante de miles de estudiantes no europeos nos haga doblemente atractivos para los "Erasmus" que vienen a nuestras aulas.

Estos doctorados "honoris causa" reconocen la labor en la construcción de la Unión de Jean-Claude Juncker y de Manuel Marín. Son un premio, pero también representan la obligación de no rendirse. El otro día decía Josep Borrell en Barcelona, dirigiéndose a los que quieren más divisiones en lugar de menos, que las fronteras son las heridas que ha dejado la historia en la piel de la tierra. Creo firmemente que, algún día, en nuestra universidad se les estudiará a ambos como unificadores de esas divisiones y entonces estaremos aún más orgullosos de contarles entre los nuestros.

Muchas gracias a los dos, y a todos ustedes que nos acompañan en la ceremonia, gracias por su presencia y por su cortés atención.